

Albores



He aquí la campiña tomellosana en plena faena de vendimia. La tierra nuestra rinde así su tributo generoso a la abnegación y ejemplaridad de sus hijos. (foto Muñoz.)

Sumario

EDITORIAL, Página 3. — PREGONES MANCHEGOS, *poesía*, POR JAVIER MARTÍNEZ DE PADILLA, Pag. 5.—TOMELLOSO, *soneto*, POR JUÁN JOSÉ RUIZ, Pág. 7.—EFEMERIDES EN LOS ZAPATOS, *cuento*, POR F. GARCÍA PAVÓN; dibujos de F. GARCÍA SALINAS, Pag. 8.—SONATA DE VENDIMIA, POR MANUEL MEDINA DE RÍOSECO; dibujos por F. MACHICADO, Pág. 11. — ARTESANIA LOCAL: LA PINTURA DE TARACEA, POR FRANCISCO GARCÍA SALINAS, Pág. 15. — PARA TI, MUJER: EL HOGAR, POR «MARISPE», Pág. 16. — TOMELLOSO EN LA RUTA DEL QUIJOTE, POR FRANCISCO ADRADOS FERNÁNDEZ, Pág. 17.—LOS DEPORTES EN TOMELLOSO, POR PENALTY, Pág. 22. — NECROLOGICA, página 23. — NOTAS VARIAS DE REDACCION

Año 1

Octubre de 1946

Núm. 2



Revista mensual de exaltación manchega

Fundada por Bodegas Santa Rita, González Lomas, S. L.
DIRECTOR DELEGADO: Francisco Adrados Fernández

AÑO I

TOMELLOSO, octubre de 1946

NUM. 2

Editorial

Ya dejábamos claramente definida en nuestro número anterior la actitud que, desde un principio, hemos adoptado ante este movimiento de revalorización espiritual, cuyos primeros brotes apuntan, en estas fechas, en toda la Mancha. Y así, nuestra última página glosaba la necesidad de que todas las voluntades de la región que se inquietan por la grandeza de la amada tierra, se unan en la consecución de los nobles propósitos que queremos llevar a cabo.

Huelga ahora que volvamos a repetir aquí, palabra por palabra, lo que ya dijimos anteriormente. Sólo pretenderemos en este editorial insistir sobre la necesidad imperiosa que a todos nos incumbe de despojarnos de ciertos achaques de vieja hechura y revestirnos, a su vez, de un verdadero espíritu de hermandad y perseverancia, con el cual habremos de allanar las numerosas dificultades que, forzosamente, surgirán en nuestro caminar.

Para despejar erróneas interpretaciones, queremos, ante todo, hacer hincapié en nuestra tolerancia hacia todas las actividades humanas—espirituales o corporales—cuya realización sea compatible con los elevados postulados de la moral cristiana. ALBORES, como todos podrán comprobar, ha abierto sus

páginas con el mayor cariño a todas las iniciativas ya procedan del campo literario, ya del artístico, del deportivo, industrial, etc. Precisamente porque propugnamos la exaltación de la región manchega, veremos siempre con gran alegría cualquier manifestación que contribuya al enaltecimiento de esta comarca.

Ahora bien, creemos un deber nuestro llamar la atención a quienes se desentienden de ciertas obligaciones que, por su naturaleza, a todos nos competen e, involuntariamente quizá, tienden a entorpecer el regular desarrollo de este movimiento de revalorización espiritual. Es cierto que, desde que ha aparecido ALBORES y se ha comenzado a hablar de estos problemas, no ha surgido de ningún sector de la opinión el más pequeño síntoma de oposición o censura. Antes bien, son muchas las personas que, en estas fechas, nos alientan, con su incondicional apoyo, a proseguir la labor que hemos iniciado. Pero hay, sin embargo, un sector de indiferentes a los que quisiéramos ver—y esto lo decimos con toda sinceridad—incorporados a la empresa común que hemos afrontado.

Nos hace daño esa indiferencia que, aunque en nada alterará los resultados de nuestra labor, tampoco dice nada en favor de quienes en tal postura se colocan. Por eso queremos que ningún manchego quede apartado de esta tarea. Nosotros, quede esto bien claro, tendemos la mano a todos. La revista ALBORES no es la revista de este o aquel sector: es la revista de todos. De todos los que amamos a Dios y a España, desde luego; de todos los que amamos y añoramos el engrandecimiento de la Mancha y de todos los que amamos y añoramos el engrandecimiento de Tomelloso. ¿Pueden, ante tan diáfana actitud, surgir recelos en cualquier conciencia que piense y obre rectamente? Ciertamente que no.

Queremos, por todo ello, que cada cual contribuya en lo posible al desarrollo de esta nobilísima empresa. Y si la Mancha ha de ser recobrada, recobrémosla todos sus hijos unidos. Y particularmente, en lo que a Tomelloso se refiere, cooperemos todos en pro de su resurgimiento espiritual, porque ya es hora de que su nivel cultural se halle a la altura exigida por el halagüeño desenvolvimiento de sus industrias y por la exhuberante riqueza de sus campos.

«Albores.»

PREGONES MANCHEGOS

LEMA:
ESPADA IMPERIAL (1)

I

Se oye un cartar a lo lejos
que rasga el aire encendido,
por los candentes reflejos
que el sol, con sus mil festejos,
luz y calor ha fundido.

Esos reflejos de oro,
la tierra ardiente. manchega,
al son del alegre coro
que forma el canto sonoro,
a sus entrañas entrega.

Es la tierra, tierra extensa,
tierra que es alucinante
y sólo presenta. densa,
infinita, roja y tensa
la llanura impresionante.

Llanura que. guardadora
de divinas tradiciones,
es celosa creadora
y potente alentadora
de miles de corazones.

Llanura que. sin pereza,
cuando ha de entregar, entrega
la inigualable riqueza
con que muestra su grandeza
esta comarca manchega.

Llanura que guarda, activa,
escondido su tesoro,
como guarda a una cautiva
con celo y ansiedad viva
el más orgulloso moro.

Ella silenciosa añora
el fulgor pasado antes,
en que su gloria de ahora
creó en un tiempo habladora
la pluma del gran Cervantes.

UN DIA COMPLETO

Amanece en la Mancha. Ya la aurora
su tenue resplandor lanza de lejos,
y muy pronto los cálidos reflejos
del sol, serán: visión alentadora.

Ya es de día. La luz prometedora
crea miles de mágicos espejos,
y con alegre ritmo los vencejos
saludan la llegada de esta hora.

Y del pueblo el honrado labrador,
se encamina contento y diligente
a regar otra vez con su sudor
la tierra que ha de ser su rica fuente.

Y, de la torre, la campana avisa
que pronto se dirá la primera misa.

* * *

Baja el sol a su tumba negra y fría,
y un rayo lastimero y compungido
es el signo final de su quejido,
es el postrer saludo de este día.

Mil resplandores llenos de alegría
van apagando el eco de un sonido;
es el celeste encanto del tañido
de una campana en bella profecía.

Cantando el labrador ahora regresa;
van sus miembros cansados del horcajo,
mientras su mente, pensativa, besa
el placer del descanso en el trabajo.

Y en el pueblo, un estruendo y alegre vario
anuncia que es la hora del Rosario.

* * *

Las sombras que se esparcen lentamente
pronto dejan tapada la ciudad,
y de la noche la primera edad
perciben los sentidos claramente.

De pronto se divisa vagamente,
hiriendo la espectral oscuridad,
como mágico alarde de bondad,
un rayo de luna penitente.

Y es en este momento el Infinito,
maravilloso y atrayente pliego,
donde el divino Creador ha escrito:
Gloria, Virtud y Luz, Paz y Sosiego.

Y espera silenciosa la campana
otra vez comenzar a la mañana.

CONCLUSION:

LA CAMPANA MANCHEGA

Campana que no es. Símbolo alado,
compañero final de nuestro sino,
postrera aspiración de este Destino
irremisiblemente concertado.

Tu alegre despertar es escuchado
por la cueva sin par de Montesinos,
la que vió cierto tiempo en sus caminos
crearse un existir eternizado.

Tu tañido inmortal jamás se humilla.
tu renombre y tu fama no se acaba,
te oye la popular Argamasilla
y la vieja ciudad de Calatrava.

Mas será tu tañir aún más hermoso,
si se escucha una voz en Tomelloso.

Javier Martínez de Padilla.

(1) Trabajo premiado en el Certamen literario celebrado en Tomelloso, en septiembre de 1944.

T O M E L L O S O

Ni una fuente, ni un río tus campos baña,
a tus plantas se extienden inmensos llanos,
tu progreso, cual pueblo de impulsos sanos,
puede servir de ejemplo a toda España.

El hambre no logró con su guadaña
acercarse a tu suelo soberano;
porque supo tu encallecida mano
parar su avance, con valor y maña.

Y al contemplarte desde la llanura,
que has convertido en vergel frondoso,
parece que en tus calles aun perdura,

en las noches de calma y de reposo,
un crujir de tomillos que asegura
que son hollados por terrible oso.

Juan José Ruiz.

Efemérides en los zapatos

CUENTO

por F. García Pavón.

BAJO la cama niquelada, medio ocultos por el dentellado telón de una colcha con flecos, hay un par de zapatos. Pertenecen a un hombre, y están hechos de ante color marrón. El zapato derecho está manchado con una gota de tinta; el izquierdo, con un chafarrinón de sangre y un pintajo de tiza.

El dormitorio que nos ocupa, goza de una dulce penumbra. Sólo se oye en él la pausada respiración del durmiente y el inevitable reloj.

Todos los zapatos de los hombres del mundo puestos en fila, le darían al globo terráqueo nuevos y preciosos ecuadores, pero sólo nuestro par, los de ante, tendrían este triple distintivo: la gota, el chafarrinón y el pintajo.

El calzado que nos ocupa, pertenece a un hombre a quien sus amigos, pudorosamente, llaman Falo. Su verdadero nombre es Rafael.

Vamos, pues, a contar lo que Falo hizo aquel día, que tan extrañamente quedaron marcados sus zapatos.



EL BORRÓN DE TINTA

A las diez de la mañana, entre churro y sorbo de café, Falo escribía una carta. A propósito de ello, su madre le habló de lo poco que alimenta aquello que se se toma entre quehaceres. Pero él continuó hasta el último párrafo, conjugando los churros y los conceptos; y sin manchar el papel de grasa.

A las madres se le suele hacer poco caso. Al fin y al cabo, su voz nos es familiar, como la de nuestra conciencia. Cuando Falo se disponía a firmar su carta matinal, se le secó la estiligráfica. La sacudió entonces con fuerza; segregó ésta su mala sangre y pudo, al fin, concluir nuestro hombre el látigo de su rúbrica.

Ya tenemos la mancha de tinta del zapato derecho... La verdad es que Falo tuvo poca suerte al sacudir la pluma.

El último párrafo de la carta decía: «No lo olvides, te esperaré a la salida de la Universidad. Tuyo, F.

EL PINTAJO DE TIZA

A las trece del día, Falo está parado en una calle. Enfrente de la piedra dorada de la Universidad. El día está nebuloso y acedo.

Falo, mientras espera, se mira distraidamente los zapatos de ante. Se fija en la mancha de tinta. No sabe si es la voz de su conciencia o la de su madre, pero oye decir: «no sacudas así la pluma, puedes mancharte el traje o los zapatos nuevos sin darte cuenta.»

Se abre la ventana de la Universidad. Una voz femenina llama a Falo. Este hace ademán de aproximarse, pero la mano blanca, le lanza un pequeño envoltorio de papel, que cae justamente sobre el zapato izquierdo de nuestro hombre. Ya en el suelo, el mensaje se ha cerrado en seguida. El papel dice: «Imposible salir, chico. Hemos empalmado dos clase con el mismo señorín. La.»

Falo vuelve sobre sus pasos cansinamente. «No me gustan esos señoritas estudiantes». Tampoco sabe exactamente de donde procede esa voz.

En su zapato izquierdo, muy cerca del borrón de tinta, hay ya un pintajo de tiza.

III

EL CHAFARRINON DE SANGRE

Ahora son las siete de la tarde. Por un paseo larguísimo caminan Falo y la universitaria. Ella, calza finísima media negra y elegante zapato del mismo color. El, claro está, sus zapatos de ante marrón... Ignoramos el color de los calcetines.

Nuestra pareja marcha en silencio. Sólo, los zapatos de ella: pim... pim... pim...; Y los zapatos de él: pom... pom... pom...

Va a llover de un momento a otro. El aire hojea los papeles sucios que danzan por el paseo.

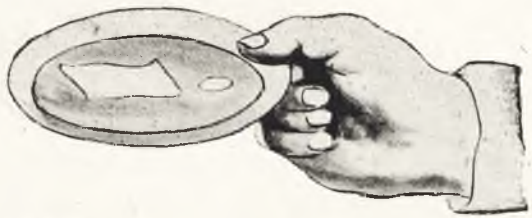
Pasan nuestros jóvenes cerca de dos mujeres que cuchichean: Una de ellas, bajita y de luto, dice misteriosa: «se lo comerán los perros del infierno».

La universitaria habla al fin: «Hay algo frío entre tú y yo que no comprendo bien. Las cosas del amor están más allá de toda sabiduría».

Falo, silencioso, dramáticamente silencioso, se va mirando los zapatos y sonríe levemente. Ha visto el pintajo de tiza. ¿Pensará en el «algo frío», que dice su acompañante, o en aquella otra voz de su conciencia... o de su madre? «Hijo mío, no te compres zapatos de ante, que se ensucian como un vestido».

Caen las primeras gotas. En el centro del paseo hay un pájaro muerto; duro, con sus pocas plumas muy tiesas; como un plumero viejo.





La lluvia es fina y fría.

Bajo un árbol, pide un ciego. Tiene la tez oscura y la boca de tajo. Con la mano derecha sostiene un platillo. A sus pies, curioso y seguro de sí, hay un enorme mastín con carlancas. ¡Una limosna!

La universitaria, insoportable, dice a Falo: «... Unos días me muero por verte, y otros—ríe—me muero si te veo.»

Falo se detiene ante el ciego, se registra los bolsillos y sólo encuentra un billete de peseta y diez céntimos.

Una florista tuerta, sale de entre los árboles con dos claveles en la mano:

—«Señorito, regátele uno a su guapa.»

—¡Qué raro, claveles en este tiempo! Falo, comprámelo.

La florista le da el clavel a la chica.

Falo hace señas que dió todo su dinero al ciego. La florista, también con señas, dice a Falo que le quite al ciego del plato la peseta de papel y le deje la perra gorda solamente. La universitaria huele el clavel deleitada y asiente a la sugerencia de la florista. Falo, azorado, se resiste a obedecer. La chica lo mira despreciativamente... Al fin, nuestro hombre, temblorosamente, decide quitar, con suavidad, la peseta del plato mendigante... Pero, el mastín, aquel enorme mastín de las carlancas, se abalanza brutalmente sobre Falo, y, amordiéndole en un brazo, lo tira al suelo.

La florista sale corriendo. La universitaria, grita, Arrecia la lluvia. El ciego coge su perro y se marcha a todo paso.

Falo está en el suelo sin sentido. Nadie acude. Abandonados la lluvia los cala en medio del paseo. Parecen náufragos caídos del cielo.

—¡Auxilio!

La ropa de Falo está empapada de sangre.

—¡Auxilio!

...Ya tenemos el chafarrinón de sangre en el zapato.

IV

VOLVEMOS A LA HABITACION

Falo, ahora, entre el sopor de la fiebre, ve su mancha de sangre, y, al mismo tiempo, oye, como un eco, muchas voces, que no sabe, si son de su madre o de su conciencia... Esas voces, hablan ¡qué se yo!, de muchas cosas:

De la santidad de las limosnas;

Del oprobio que es robar al pobre;

De los caprichos de las mujeres;

De la fealdad de las flores vendidas;

De la maldad de la gente de la calle.

...Ahora, entre las nubes del sueño febril, lo ve todo claro. La voz de su madre y la voz de su conciencia forman un par idéntico. Cada una de estas voces sale de un zapato de ante marrón... que tanto se ensucian.

Dibujos de F. García Salinas.





Sonata

de

Vendimia

La anchurosa llanura se abre majestuosamente como un inmenso abanico de surcos y pámpanos. (foto Muñoz.)

L ROMPER el alba, y confundidos en la variada caravana de coches entoldados, ligeras tartanas y carros de varaes repletos de mozas y mozos, también nosotros vamos hoy a la vendimia. Ensordece el estruendo multiforme del rodar de los carros sobre el pavimento abovedado que, como un estrépito gigante de robustos crócalos, rompen la quietud de esta madrugada de octubre. Salimos del pueblo. Las últimas casas reciben en sus paños ocres los primeros besos de la mañana que comienza a incendiarse y a crecer. Los kilómetros de carretera, antes de llegar a los atajos, los va devorando nuestro carricoche sin grandes esfuerzos. Mi acompañante y yo, envueltos en nuestras mantas de paño de anguarina, prestamos la más interesada atención a la letra y música de las seguidillas de cuatro versos, rimados caprichosamente, que vendimiadores y vendimiadoras cantan a coro, pareciendo más bien que nos enderezamos a una romería que no a una faena campera.

Nos van dejando solos, pues los carros van apartándose por trochas y sendas particulares, quedando escondidos en algún suave declive o a la sombra de un caserío. Ahora nos toca a nosotros desviarnos. Cuando la jardinera de carrocería verde y ballestas naranja nos deja en el carril blanco y abierto y la mulilla sacude anteojeras y bridones con un respingo campanillero de arlequín, la anchurosa llanura se presenta a nuestra vista como un inmenso abanico de surcos y pámpanos. El tachuelaje dorado del sillín inglés y los cascabeles y argollas níqueladas de las lomerías de nuestra soliviantada mulilla, refulgen al sol de este «veranillo», que es casi verano, como los alamares de un traje de luces. Echamos pie a tierra y a remangarse los pantalones.



Un trago de agua fría, temblorosa y desnuda, refresca las fauces secas del caporal mientras la cuadrilla se remueve confundida entre el ropaje de las vides.

(foto Muñoz.)

Estamos ante el supremo esfuerzo de vaciar una «serilla» al carro. Aunque no lo parezca, son cuatro mujeres y un hombre.

(foto Muñoz.)



—¿Hay que pasar algún arroyo?
—pregunta el fotógrafo.

—No. Aquí sólo hay arroyos en tiempo de lluvias, cuando cada surco es un río. Luego, el sol, con sus alabanzas de fuego, seca sus lomos oscuros y los deja como los contemplados ahora, ásperos y quebradizos.

Esta vez se hace otro de nuestro viaje. Un señor de lomo manchego, bajo de estatura, nervioso y pequeño, se aproxima y muy justo aprecia las bellezas de la tierra.

—Pues no quisiera lo de remangarse.

—Es que vamos a atravesar un río, y ahora lo comprobará usted —agrega el señor manchego.

Y así es en verdad. Cuando intentamos pasar al otro lado del ca-

mino, los zapatos se nos deslizan hundiéndose en la harina morena del carril.

—Le asiste la razón, amigo; esto es realmente un río. Siento no haberme remetido el pantalón hasta la rótula.

Mi compañero profiere estas palabras con un gesto de amargura cómica y con los párpados, nariz y mejillas cubiertos de una tenue capa de arenilla en polvos. Ya estamos al otro lado. Dejamos al camino que avance lento y fatigado retorciéndose como buscando la sombra de las hojas de esmeralda, y nos internamos pisando barbechos hacia la «Casa de Don Diego», tope de nuestra jornada. En realidad, no es una casa sola, sino una agrupación de quinte-rías con viviendas para peones, gañanes y señores, en un sitio apacible rodeado de almendros, olivos jóve-

nes, melonares y viñedos. El dueño es un chico joven, muy expresivo en su conversación, atentísimo, educado y de una simpatía contagiosa.

El mismo nos conduce al tajo de los vendimiadores. De lejos, no se ve otra cosa que cabezas que se yerguen y vuelven a inclinarse, tocadas con el más variado género de atavíos. Boinas y bilbainas negras, pañuelos, chambergos deformados y amplias pañoletas blancas que envuelven, del modo más cuidadoso y hábil, todo el rostro de la mujer. Los cuerpos quedan casi ocultos por el espeso vestido de las vides, cuyo color verde menta produce un contraste de joyas con el azul claro de las blusas que los mozos llevan sujetas por delante con un gracioso lazo. Se sorprenden al vernos aparecer con nuestros trajes de señorito más o menos pulcros, y pronto se

percatan que nuestra misión no es la de cortar racimos.

Al habla con el caporal. Es un hombre menudito, barbirrubio, de mirar grande y pupilas sanguinolentas, seco de carnes y fino de rostro. Cubre su cabeza con el clásico gorro de cuadros de lana, manifiestamente adaptado. En las manos, lleva de sangre de uva, y lleva unos guantes de lana un poquito atropeados. Su voz resonancia y tan fácil distinguir al vendimiador de la otra. Sus vestidos semejantes. Las mujeres llevan sujeto por la cintura y el cuadrado prendido a la blusa por dos alfileres imperdibles. Un faldín corto hasta un poco más abajo de la rodilla.

—Díganos usted, señor caporal: ¿es práctico ese vestido mixto de las



Así se cargan los carros en Tomelloso. El de la fotografía es un curioso ejemplar cuya carga en limpio es nada menos que de cuatro toneladas y media.

(foto Muñoz.)



¿Marcela, Aldonza, y Luscinda. ?.

(foto Muñoz.)

vendimiadoras?

—Sí, señor, *muchísimo*. Porque, además de estar más libre en sus movimientos para la faena, lo manda así la decencia cristiana.

—Pues señor caporal, preciso es que sepan eso aquellos que piensan que esa forma de vestir no la adopta vuestra mujer manchega para, mezclada con el elemento masculino, estar más libre en sus libertades y procacidades maritornescas, sino que es un ejemplo de la más alta moral católica y española.

Mientras el *repórter* gráfico saca los bártulos de retratar para tirar unas placas, fijo la mirada en una joven vendimiadora, tan cubierta, que se me ocurre esta pregunta: ¿Es una mora de Estambul?

Pues no, señores. Porque una vez su rostro a toda luz y mirada de cerca, debe una pariente de la bella Marcela, la prudente Aldonza o de la discreta Dorotea.

Hay un revuelo de curiosidad al ver al fotógrafo y todas quieren, naturalmente, salir. El retratista exige, para abrir el objetivo, que no se adopte ni una postura estudiada; con la sorpresa se capta la naturalidad.

Tomamos unas vistas y unas figuras en primer plano y regresamos al caserío bajo las flechas candentes de un sol como el de agosto.

Allá quedarán, mozos y mozas, rimando la alegría de la vendimia con las seguidillas de verso corto y removiéndose confundidos como hormigas de la tierra. Cuando el sol en un crepúsculo octubрино de limón acaramele las frentes limpias de las modestas quinterías, cuando el verde de las vides reverbera por los postreros destellos, nosotros volvemos a la ciudad. Antes de iniciar el regreso quiero hundirme de nuevo con la mirada en la placidez de los campos, en la línea suave del horizonte encendido, escuchando la sonata del silencio. ¿Me habré contagiado de las visiones aventureras del Caballero de los Leones? Miro a la mulilla y ya no me parece, como esta mañana, un caballito circense, sino el corcel de Marcelino Santa María, y yo, cabalgando en sus lomos, prorroumpo con Villalón:

*Solo con mi caballo en la llanura
punta de imán mi voz...*

Entramos al oscurecer. Los enjalbegados cuartillejos de las salidas parecen puntos confusos. Todo nos infunde negra tristeza. No había que sorprenderse. Traíamos la retina iluminada por la pedrería de los viñedos y el alma por la emoción que se experimenta contemplando los ahincos de esta gente que brega por la vida y que se quedan allí confundidos con el ropaje verde de los pámpanos.

Manuel Medina de Rioseco.

(Dibujos de Olguma)



¿Es una Dulcinea encantadora...? No. Es la cocinera de la cuadrilla. Una cocinera encantadora ; naturalmente !...

(foto Muñoz)

La pintura de taracea

Francisco García Salinas.

Es difícil hablar de un procedimiento nuevo, si es que en materia de arte existe, lo que ocurre es que no se practica.

¿Difícil? ¿Entretenido? Tal vez lo último, y contribuye también a su olvido la necesidad del pintor y el artesano, el artista y el ebanista, y en el caso que nos ocupa se da esta dualidad en la misma persona.

Hay que pintar el cuadro-boceto y después se ejecuta combinando las maderas e incrustándolas. En las maderas existen todas las escalas de colores, consiguiéndose conjuntos amables, sin estridencias.



Cajal. (foto Muñoz.)

En la época de los Luises, en Francia en los muebles admirables que nos legaron aquellos prodigiosos ebanistas, que se conservan en museos y palacios con tanto cariño como las obras maestras de las artes plásticas, figuran elementos decorativos de taracea, cuyos asuntos son alegorías, paisajes e incluso retratos, cuyos materiales son maderas, asociándose en menos proporción marfil, metales, concha, nácar, etc. Y el señor García Salinas se ha inspirado en aquellos maestros admirables, que no menos admiración merecen los monarcas y cortesanos que con su protección decidida contribuyeron a que no se perdiera aquella rama tan destacada de la artesanía.

Sainz de la Maza.
(foto Muñoz)

Creemos que el señor García Salinas debía acometer obras de más envergadura y más continuamente, para dar a conocer arte de tanta belleza, en vez de contentarse con el título de aficionado.

Por nuestra parte nos resta decir que nos admiran estos trabajos escondidos en un pueblo. Y nos atrevemos a indicar que este arte se debía enseñar en las escuelas de Artes y Oficios, para darle impulso y que no se pierda, como ocurre con la cerámica, que debido a su enseñanza, se conservan y perfeccionan las experiencias de innumerables ceramistas.

↓
Mi padre (foto Muñoz)



El Hogar

El mundo es grande y el corazón pequeño. Quizá a ello se deba el que el corazón, para llenarse de gozo, necesite, no el gran mundo, sino aquel palmo de terreno, aquel rincón donde encuentra amor.

(Mons. Probaszka)

Y cuál es el palmo de terreno en donde el pobre corazón humano puede llenarse de gozo?... Es... ¡El hogar!

Si deseáis reunir toda la felicidad que el mundo os promete, no vayáis lejos a buscarla, la tenéis aquí, en este rincón pequeño y amoroso.

Ven conmigo, mujer; entra despacio, no noten nuestra presencia; así podremos contemplarlo tal como es.

No sé el tiempo que allí estuvimos viendo pasar ante nosotras aquel conjunto de pequeñas acciones, que son como piedrecitas que van formando el bello edificio de la dicha familiar. Mi acompañante permanecía como extasiada ante aquellas escenas y, sin poderse contener, exclamó: «¡Esto sí que puede recibir el santo nombre de hogar...!» Gozan juntos, sufren juntos, rezan juntos... ¡Qué divina armonía brota de esta amorosa unión! ¡Cómo ríe el corazón, aun cuando los ojos lloran!... ¡Si hubiera muchos hogares así, la tierra sería un nuevo paraíso!

El hogar cristiano es un trocito de cielo en la tierra. ¡Cuántas mujeres han hecho de él un purgatorio sin mérito ni purificación!

Qué bien lo comprendía aquel poeta (M. de Góngora) que, preguntándose dónde había de buscar el amor y dónde había de cantarlo y ensalzarlo, nos dice: «Buscadlo en el hogar, cantadlo y ensalzadlo también en el hogar, en la casa». Y a continuación: «Es allí donde se descansa en la remansada quietud del limpio goce conseguido y se ríe con las más nobles sonrisas y los más puros e inefables placeres del espíritu».

«A mí, el hogar se me hace insoportable», nos decía una de esas señoras que frecuentan todos los restaurantes de moda. La respuesta quedó ahogada entre mis labios por todas esas razones que debe tener la juventud cuando habla con personas que le sobrepasan en edad. Le hubiera dicho: Señora, no llame hogar a una casa que tiene toda la semejanza de un hotel en donde se pasa solamente una parte del día.

«El hogar poco vivido,
tarde o nunca comprendido».

Joven, prepárate para la misión grandiosa del hogar. Si todas las profesiones, aun las más sencillas, exigen unos años de preparación, ¿cómo no ha de necesitarlos ésta, que es la más sublime de todas las carreras?...

Y nos sigue diciendo el mismo poeta: «El hogar es el oasis rumoroso de nuestro desierto». Luego, a la mujer podríamos compararla con esas palmeras que, vistas a lo lejos, nos anuncian su proximidad.

Seamos conscientes de nuestra misión, para que el oasis que anunciamos, no sea tan sólo un espejismo en el desierto de la vida.

Marispe.

Tomelloso

en la

Ruta

del



Enfascado con veinte años mirando D. Quijote,
y como lo está mirando, valle de un valle, y dos montes
aparece en el que a él y parábola la parte de la
capada en las espaldas de que se refieren al no, que lo
portaría la sabana.

SON QUIJOTE. PARTE PRIMERA. CAPÍTULO 14.

QUIJOTE

S IEMPRE que se quiera investigar en los anales de la Historia acerca de algún hecho saliente de la vida de un pueblo, o relacionar entre sí acontecimientos que acaecieron en épocas distanciadas de nuestros días por varias centenas de años, se tropezará con un gran número de dificultades, cuya solución no resulta nada fácil. Pero si en tales casos, al acudir a esos anales históricos, no podemos saciar nuestro deseo de desenmascarar los sucesos relacionados con nuestra investigación, entonces aumentarán esas dificultades y habrá que dirigirse, forzosamente, a la tradición, muy rica, a veces, en noticias de importancia histórica y cantera inagotable siempre, de filones informativos que nos aportan un nutrido número de datos, cuya veracidad queda patentemente demostrada cuando el que investiga sabe apreciar lo delicado de su misión y pone en ella todo el calor de su entusiasmo.

Tal es el caso de cuanto se relacione con las primeras épocas de Tomelloso, ciudad joven, de escasa Historia, que cuenta ahora justamente 414 años.

Al enumerar, anteriormente, las dificultades que se oponen a la labor del que ha de desarrollar un trabajo sobre un asunto cuya importancia prevalece por encima de cuantas consideraciones se hayan hecho menospreciando la autenticidad de la presencia de Tomelloso en la ruta quijotesca, al rozar, de paso, esta creencia de datos históricos, lo hacemos porque, precisamente, en el trabajo que nos ocupa, habrá de ser la tradición y no la Historia la que nos ayude en nuestra misión. Y cuando hay que enfrentarse con una tradición, desgraciadamente, tan poco documentada como la nuestra, es preciso auxiliarse, al mismo tiempo, de la memoria popular, puesto que ella se hermana con la tradición misma, y la que nos refiere lo que a través de los tiempos se conserva por el relato oral de padres a hijos hasta nuestra generación.

Preciso es que retrocedamos a los dos últimos años del siglo XVI. El Tomillar del Cso, aldea que casi contaba setenta años, albergaba, bajo sus sencillas casas, a unos ciento cincuenta vecinos; todos ellos labradores y algunos descendientes directos de nuestros fundadores Aparicio Quiralte y Martín Sánchez. Situado en el término de Socuélamos, el Tomillar se dividía en dos barrios: el Tomillar propiamente dicho y, separado de él unos quinientos metros al Oeste, el Altillo, enclavado entonces en término de Campo de Criptana, y cuyos pocos habitantes veneraban a San Antonio Abad en una pequeña ermita, hoy convertida en casa, en cuya fachada aun puede contemplarse una pintura, ya deteriorada, del santo Patrón. Pero no obstante hallarse en términos de Socuélamos y Campo de Criptana, era con la entonces importante villa de Argamasilla de Alba, de la que sólo distaba seis kilómetros, con la que mantenía todas sus relaciones agrícolas y comerciales y de la que sus aldeanos se proveían de cuanto les era indispensable.

Todas estas tierras y villas se hallaban, a la sazón, enclavadas en una demarcación que pertenecía al Campo de la Orden de San Juan, a la que los naturales tributaban el pago de sus terrenos. Las fincas que circundaban el Tomillar del Cso pertenecían, en su mayoría, a vecinos de Argamasilla de Alba. Pero algunos de estos vecinos demoraban el pago del tributo que la Orden les fijaba, entonces ésta tuvo que recurrir a la vía de apremio y un día apareció en Argamasilla un recaudador de alcabalas.

Era éste un hombre de andar lento, de algo más de cincuenta años de edad, faz pálida y de un aspecto físico, en general, que denotaba los muchos sufrimientos y amarguras que aquel largo cautiverio de Argel le reportaron. Tenía todavía el pelo negro y la barba ligeramente tocada de canas. Era de buen porte y, por más señas, manco de la mano izquierda, porque así le dejaron tres arcabuzados recibidos en aquella memorable batalla de Lepanto, que tan impeccedera gloria dió a las armas de nuestra Patria. Miguel de Cervantes, dada la continua relación existente entre Argamasilla de Alba y el Tomillar del Oso, visitaría entonces nuestra aldea, pues al hallarse ésta situada entre algunas de las fincas que habría de embargar, es muy posible que, relacionado con ello, Cervantes viniera desde Argamasilla, donde, como ya hemos dicho, residían la mayor parte de los dueños de estos terrenos.

Es conveniente hacer constar que la misión de Cervantes, como recaudador de alcabalas, no se circunscribía solamente a Argamasilla de Alba, sino que, por el contrario, hubo de recorrer toda la Mancha, terrenos entonces de la Orden de San Juan, en el desempeño de su enojosa profesión. Y fué, con motivo de estos viajes, cuando el manco de Lepanto tuvo ocasión de estudiar, con esa delicadeza en él peculiar, las costumbres de los aldeanos de aquella época, cuyos defectos habría de ridiculizar luego en su magna obra.

Quien haya tenido la feliz idea de leer el Quijote y conozca concienzudamente el territorio manchego, habrá podido comprobar la precisión con que Cervantes nos describe, en los capítulos de este libro, los distintos parajes por donde su personaje fué haciendo ruta. Ningún detalle,



Vista de un camino real manchego, ruta quijotesca por excelencia. En el fondo, a la izquierda, la venta se yergue, abatida por los siglos, dando al paisaje un sabor de innegable evocación cervantina

por minúsculo que sea, escapa a la atención de Cervantes. Todo está tratado tan acertadamente, las descripciones topográficas son tan exactas y las costumbres de aquella época están tan maravillosamente resaltadas, que uno no tiene por menos que reconocer que quien con tanta soltura trata los puntos que antes mencionamos es porque, forzosamente, ha recorrido con detenimiento, toda la comarca manchega. Y en esta ruta hubo de seguir en el desempeño de su profesión de alcahalero, ruta cervantina que luego habría de ser ruta quijotesca, el manco de Lepanto fué concibiendo el plan de su obra y grabando en su imaginación aquellos aldeanos que pasarían a ser los personajes del Quijote y cuyos defectos e immoralidades habría de sancionar con tanto acierto y por boca de su personaje principal, a través de las páginas de su obra, en una crítica aderezada con toda la gama de su espíritu satírico.

Pero he aquí que, para colmo de sus anteriores desdichas, un día Cervantes fué encarcelado en la cueva del Corregidor Medrano, de Argamasilla de Alba, acusado, según algunos historiadores cervantistas, de haber querido aprovechar las aguas del Guadiana para el servicio de una fábrica de pólvora, de cuyo montaje había sido encargado y lo que se consideraba nocivo para la salud y seguridad de los vecinos, y según otros historiadores y de acuerdo con la tradición misma, que así lo relata, por haber dirigido a la hermana del ya citado Corregidor un pipopo algo verde. Ya, en aquel lóbrego recinto, el plan que Cervantes había concebido y sazonado en

su memoria y viva imaginación cimentaron esta maravillosa creación que habría de inmortalizar su nombre y el de nuestra amada región. Y así fué como, haciendo cabalgar su fantasía sobre los lomos del flaco Rocinante, encarnado en la trite figura de Don Quijote, tornó a recorrer aquellos mismos parajes, que antes había visitado y nuestro loco y enjunto personaje, creado por el escritor, volvió a resucitar al ejercicio de la caballería andante como «enderezador de tuertos y defensor de agravios».

Por fin ya tenemos a Don Quijote, lanza en ristre, espoleando a su rocín. Por fin vamos a ver cómo en su cabalgar pisa las tierras de Tomelloso y queda así nuestra ciudad unida a la ruta Quijotesca.

Dos argumentos hay que así lo demuestran y que, según los mismos, fueron dos veces las que Don Quijote hizo ruta en nuestro término, es decir, que por dos veces Tomelloso se halla en la ruta del Quijote.

La primera, de menos importancia, pero más demostrada que la segunda, queda señalada por algunos cervantistas y, principalmente, como fruto de las investigaciones de los mismos, por una carta topográfica editada en 1887 por González Rojas en Madrid, titulada «Mapa de una porción del Reino de España, que comprende los parajes por donde anduvo Don Quijote y los sitios de sus aventuras». Efectivamente, en este mapa, aparece la ruta quijotesca marcada por un trazo grueso que pasa rozando a Tomelloso por su parte occidental. Nada difícil resulta comprobar lo que a nuestro andante caballero y socarrón escudero aconteció cuando cruzaban las cercanías del Tomillar del Oso. En el mapa en cuestión aparecen unos números acotando la ruta que, al margen, explican la aventura o suceso que acaeció a nuestros héroes en el punto en que se exponen. Pues bien, nuestra ciudad se halla entre los números 16 y 17 que marcan, respectivamente, la tercera salida que hicieron de su aldea y la llegada al Toboso, donde Don Quijote halló a Dulcinea. Abriendo el libro por su parte segunda, capítulo VIII, en el que da principio al relato de esta tercera salida, y «donde se cuenta lo que sucedió a Don Quijote yendo a ver a su señora Dulcinea del Toboso», vemos que, cuando hacen ruta en nuestro término, no acaece ninguna aventura importante y que, al verificarse esto, nuestros personajes pasan entretenidos en una de las conversaciones de más enjundia que Cervantes intercala en su obra y en la que Sancho Panza, el típico modelo de hombre glotón, hace gala de sus muchos conocimientos de gramática parda y, con el tono zumbón de su conversación, va describiendo a su amo los detalles de su primera entrevista con Dulcinea.

Más importancia para nosotros tiene la segunda vez que Don Quijote y escudero hicieron presencia en el término de Tomelloso. Haremos una breve reseña del siguiente fragmento de la ruta quijotesca, para aclarar la doble presencia que en la misma tiene nuestro pueblo.

Ya hemos dicho que la ruta pasaba, por la parte occidental de Tomelloso llevando una dirección norte, es decir, aproximadamente, la que sigue el trazado de una línea que une a Argamasilla de Alba con el Toboso rozando nuestro pueblo. Desde el Toboso, la ruta toma una dirección nordeste, y en las cercanías de Los Hinojosos tiene lugar la aventura de los Carros de las Cortes de la Muerte. Más al nordeste, en las proximidades de Osa de la Vega, donde se da la aventura del Caballero del Bosque, la ruta cambia hacia el sur pasando al oeste de Belmonte, al este del Pedernoso, luego cruza entre Villarrobledo y el Provençico pasa más tarde por la orilla occidental de Munera, en cuyos contornos se celebran las Bodas de Camacho, y llega hasta Ruidera; acaece el magnífico suceso de la cueva de Montesinos, y desde aquí vuelve la ruta a dirigirse hacia el norte, cruzando, por segunda vez, nuestro término municipal, pero ahora por su parte oriental.

Según la tradición, después de tener lugar la aventura del rebuzno, nuestro Don Quijote siguió hacia el norte y vino a parar a la venta del Barón del Solar de Espinosa, sita en nuestro término municipal, donde ocurrieron algunos sucesos graciosos e interesantes, entre ellos, el de la aventura de los títeres y la de Maese Pedro y su mono adivino. Según algunos, esta debería ser la venta donde Don Quijote fué armado caballero; pero, sin embargo, esto queda rebatido por otros cervantistas que emplazan tal suceso en otra venta que se hallaba entre Manzanares y Valdepeñas. Además el mapa, a que antes he aludido, así lo confirma.

Como es sabido, las únicas vías de comunicación existentes en aquella época, eran los llamados caminos reales y veredas, frecuentados por las diligencias que hacían los servicios de viajeros entre los distintos núcleos urbanos. Las ventas adquirieron una preponderante im-

portancia, merced a servir de punto de descanso y hasta de recambio de caballerizas utilizadas por las mencionadas diligencias. En aquellos tiempos, partía de Argamasilla de Alba una vereda real (que es la misma que hoy existe), que, atravesando el Tomillar del Oso, llegaba hasta Socuéllamos. De esta vereda partía, y parte, un camino real que iba a Villarrobledo, precisamente en la confluencia de la calle de Oriente con la del Generalísimo. Se observará la gran anchura que tiene la calle de Oriente, la cual, al ser edificada, tuvieron los vecinos que conirse a emplazar sus casas en las orillas del camino real, puesto que éste no podía ser obstruido. Es el mismo caso que observamos en la calle Mayor y en la del Generalísimo, que hubieron de conservar, en su mayor parte, el ancho de la vereda Argamasilla-Socuéllamos, en la que se hallan.

A pocos kilómetros del pueblo, y en el mismo camino real a que hemos aludido, se halla la venta del Barón del Solar de Espinosa, ligada a la tradición cervantina y de cuya presencia en la ruta del Quijote hemos hecho mención. Esta venta ha sido demolida en parte, y de su primitiva construcción aun queda una cuadra, cuyas esquinas, formadas por grandes bloques de piedra de sillería, nos recuerdan las de las construcciones antiguas. Al visitarla, penetramos por una puerta que amenaza hundirse y que conduce a una cocina de más reciente construcción. Pero lo que más llamó nuestra atención es el arco situado en la pared que hay entre la cocina y la cuadra. Este está hecho también por grandes bloques de piedra de sillería, los cuales aparecen colocados sin la más pequeña porción de argamasa o sustancia análoga que los una. Ya dentro de la venta, evocé todo cuanto la tradición refiere de ella y, como fascinado por el



Ruinas de la Venta del Barón del Solar de Espinosa. Solo el cuerpo del edificio que aparece a la derecha pertenece a la venta primitiva. Lo de la izquierda, como puede observarse, es de época más reciente.

interés que esto me despertaba, me imaginaba allí, cerca de mí, la enjuta figura de Don Quijote y, contrastando con ella, la del regordete y menudo Sancho. Parecía como si las estrepitosas carcajadas de este último se hicieran eco en toda la estancia y a intervalos, como si surgiera la voz áspera del loco que con tanta mesura hablaba, del que faltó de razón «razonaba tan razonablemente por aquello de la razón de la sinrazón».

Esto es cuanto nos consta en relación con nuestra venta, que es muy posible que Cervantes visitara, pues sabido es que el cnanco de Lepanto tuvo que recorrer los diversos pueblos de la Mancha, y en uno de los viajes que hiciera de Argamasilla de Alba a Villarrobledo, o viceversa, pernoctaría en nuestra venta o, al menos, haría alto en ella. Y si su nombre no lo menciona el glorioso escritor, no debe extrañar, pues ello es por el mismo motivo que tampoco mente el de ninguna venta de las que se ocupa. Así como tampoco hace alusión al Tomillar del Oso, podemos observar que lo mismo sucede con Argamasilla de Alba, aquel «lugar de la Mancha de cuyo nombre, no quiero acordarme».

Para terminar diré que no me he propuesto, al ocuparme de este tema, salir al paso ha-

ciendo un ligero trabajo literario, en el que sólo campeara el lujo de giros gramaticales con la sola pretensión de alcanzar el lauro del triunfo. He preferido, en contra de esto, el lenguaje sencillo, pero amoldado cuidadosamente al asunto que nos ocupa, y concretándose a referir todo aquello que pueda servir de orientación para hacer más comprensibles los fundamentos en que se basa nuestro modesto criterio, según el cual, sin apasionamientos, Tomelloso se halla en la ruta del Quijote. Para mí es más importante reivindicar a nuestra ciudad del mutismo en que ha permanecido respecto a la ruta cervantina y reclamar el puesto merecido que en ella debe ocupar.

Me felicitaría si este estudio sirviera de iniciación para ulteriores trabajos que, apoyados en bases sólidas y fundamentales, corroborarían mi criterio. A los que aún se obstinan en negar la auténtica presencia de Tomelloso en la ruta quijotesca, les ruego echen una sola ojeada al mapa de la región manchega. La situación de Tomelloso en el centro de la Mancha, tan próximo a la cuna del Quijote y a tantas aventuras importantes de este andante caballero, será la razón más elocuente que les disuada de su obstinación.

Opine cada cual de la manera que más le plazca sobre mi trabajo. Yo, ante todos, haré solemne y categóricamente esta rotunda afirmación: TOMELLOSO, CORAZON DE LA MANCHA, ESTA EN LA RUTA DEL QUIJOTE.

¡Que el esfuerzo de cuantos recabemos este honor para nuestro pueblo, no se esterilice vanamente, sino que sea como la savia, fresca y nueva, que haga reverdecer los laureles que la inmortalidad puso sobre las sienas venerables del PRINCIPE DE LOS INGENIOS!

Francisco Agrados Fernández.



NOTA.—Este trabajo fué premiado en el Concurso Literario celebrado en Tomelloso en septiembre de 1944. Posteriormente a dicha fecha, y como fruto de las investigaciones llevadas nuevamente a cabo por el autor, se han reforzado algunas de las cuestiones expuestas por el hallazgo de nuevos testimonios, y se han advertido también circunstancias que requieren nuevo comentario. Tales cuestiones serán analizadas en los próximos números de esta revista, aunque ahora, al publicar este trabajo, lo hacemos respetando la integridad del original primitivo.

Los deportes en TOMELLOSO

Grandes esperanzas en esta temporada 1945 - 46



D. Juan Torres Gruoso, nuevo presidente del TOMELLOSO C. F.

Una ciudad como Tomelloso, con más de 35.000 habitantes, no debía permanecer al margen en las manifestaciones deportivas. Y menos aun en el fútbol, el más popular de los deportes. Por ello merece nuestro aplauso ese grupo de hombres beneméritos que, a prueba de disgustos y sinsabores, venciendo infinitos obstáculos y superando innumerables dificultades, han sabido mover todos los resortes—incluso el económico, que es la clave de estas cuestiones—hasta conseguir la formación de un buen equipo, que está realizando brillantísimo papel en las competiciones nacionales.

Los meritorios triunfos alcanzados en el primer año de actuación en la Tercera División, serán, sin duda, superados en la actual temporada. Hay para ello fundadas esperanzas: una afición incondicional, una Directiva entusiasta, un entrenador competente y un equipo con excelentes valores individuales, buen conjunto y abundancia de reservas en todas las líneas: que la competición es larga y hay que estar prevenidos contra todas las contingencias.

Si los resultados obtenidos en los primeros partidos (no importa la pérdida de algún punto en nuestra casa, si se neutraliza con la ganancia de puntos positivos en terrenos forasteros) se mantienen a lo largo del Torneo, no dudamos en vaticinar para el «Tomelloso C. de F.» uno de los tres primeros lugares en la clasificación del Grupo VIII, y, con ello, la seguridad de jugar la «liguilla» y mantenerse en una posición tan destacada que podamos esperar sin ningún temor toda reforma que se haga por los organismos federativos.

Pero como el cronista, si cumple fielmente su deber, ha de señalar también orientaciones, nos permitimos, desde esta tribuna de ALBORES, estimular a la Directiva en dos sentidos: es el primero, que deben buscarse elementos en la cantera local con la formación de clubs modestos, competiciones y ayuda a cuantos aficionados practican el fútbol. Ya sabemos que esto no se improvisa y que no surgen buenos jugadores a la vuelta de una esquina. Pero mirando a lo lejos, y no con horizonte limitado, creemos tener razón. Y el segundo aspecto a que nos referimos es el de practicar otros deportes, aun cuando el Tomelloso se titule solamente «Club de Fútbol». No deben existir para eso dificultades invencibles.

Penalty.

Equipo del TOMELLOSO, que empató en Madrid en su partido con el Mediodía: de izquierda a derecha: Rosales, Manchado, Borin, Chamarro, Birri, Curro y Cobos; agachados: Marín, Titi, Lalín y Evaristo.

(foto Vázquez.)





Revista mensual de exaltación Manchega

NECROLOGICA

El pasado día 23 de septiembre fallecía cristianamente en Tomelloso D. Enrique Ferrer. Secretario que fué, durante muchos años, del Juzgado Municipal. Por sus virtudes, por su talento y, sobre todo, por su ejemplar espíritu de trabajo, supo hacerse acreedor a la general estimación de todo el pueblo.

Ante su muerte, ALBORES no puede silenciar el profundo sentimiento que tan irreparable pérdida le causa, y al hacerlo así patente envía a su viuda, la virtuosa dama doña Flor Cifuentes, el testimonio de su sincera condolencia

* * *

En Córdoba, donde residía, falleció el día 20 del pasado septiembre la virtuosa señora doña Generosa Grande Valenzuela, confortada con los auxilios espirituales y la bendición de Su Santidad.

La muerte le ha sobrevenido tras una larga y penosa enfermedad, en la que la finada ha demostrado una ejemplar resignación cristiana.

Descanse en paz la distinguida señora, y reciba su apenada familia, en especial su hijo, nuestro querido compañero Fray Bernardo Martínez, de la Orden Carmelita de Tomelloso, el sentido pésame de la redacción de ALBORES.

Toda la correspondencia a:

Dirección y Redacción de la Revista

ALBORES

● TOMELLOSO - (CIUDAD-REAL)

IMP. T. P. A. - ALCALA DE HENARES

Ejemplar



GRATUITO

Editorial "LUZ"

PALMA, 11, (HOTEL)

TELEFONO 27923

MADRID